

Todo el Amor de Siglo XX

Por Angel Rama

★ **OTRA VEZ EL AMOR: ¿hasta cuándo? No habíamos quedado en — que todo ha sido dicho? Y aunque así no fuere, ¿no convendría adoptar la pose de intelectual lúcido para detestarlo con oportuna franja ingenuidad en tanto que nos toca a todos en esta común, irredimible, naturaleza humana? Es un tópico de la literatura además una recurrencia de la vida, un lugar común en lo que estos días de inextinguible riqueza. Es sobre todo, un viejo demonio insistente, de tan pertinaz y exacerbada máscara que motivara aquel verso desolado de nuestro poeta: que quería "Dársle un último adiós al irresoluble enigma del deseo".**

He aquí que un escritor, definiendo a uno de sus personajes, nos dice: "Pero no aprenda las distinciones más importantes de la vida; hácese honestamente el amor y redimirse". Más aún: he aquí un escritor que construye una obra monumental, totalizando cuatro volúmenes y mil quinientas páginas, que rota infamablemente sobre estos ejes —el amor y la religión— en una de las invenciones estéticas más sorprendentes y exaltantes de los últimos años. Lo que algunos críticos europeos (Nanes Sperber) han considerado una obra magistral que puede parangonarse a la búsqueda del tiempo perdido de Marcel Proust o el Ulises de Joyce; lo que con mayor prudencia podemos considerar como una excelente novela contemporánea.

★ Un colonial

Y sin embargo, aunque modelado por el espíritu y la cultura europea, su autor no pertenece a Europa. Es un colonial y que, siendo de una manera así, son ahora que anda merodeando la cincuenta. Se llama Lawrence Durrell y es de origen irlandés como algunos extraños congéneres literarios —James Joyce, James Beckett—, nacionalidad que en su obra motiva esta definición: "Usted es, evidentemente, un refugiado que cree que es irlandés". Nació en Bombay en 1914 en una culta familia de la metrópoli (él vivió en Londres, no sólo para que cumpliera los requisitos necesarios para su buen inglés, sino para que reuniera fuertemente los lazos que deben unirse a un anglofilo en el corral del Imperio. Pero es tarde para eso: la India ha puesto en él un grano esencial de exotismo que le hará encontrar monótono y sobre todo insustentablemente puritano, el mundo de las Islas.

Apenas tiene 24 años cuando se echa a vagar por tierras europeas en un peregrinaje que durará hasta hoy y que, luego de hacerle girar por la cuenca oriental del Mediterráneo, lo establece en forma casi definitiva en Francia. Peregrinaje que va a ir marcándose con varias novelas y poemas. Cefalú, Llaneros embarcos, de los que ahora no quiere oír hablar —"todo lo que escribí antes de oír el sonido de mi propia voz no vale la pena ser considerado"— y que se echa a andar por un mundo que, por negativo: ninguna de esas obras transcurre en Inglaterra salvo nominalmente. El libro que escribe, que escribe a veces de abandonar las Islas, y que define como "crónica de la muerte ingenua".

Creo que una de nuestras más graves errores —ha dicho— es considerar la obra de este como la reacción ex-

clusivamente patriótica del escritor ante la realidad de su país. Tal error está ligado a una tendencia en ese país y a que no queremos reconocer que somos parte de Europa. Yo prefiero considerarme como un "anglo-europeo".

En esos años Durrell está haciendo la experiencia de vivir, de leer, de escribir, cuando encuentra a quien será su visible maestro: otro eventual colonial, un americano que ha residido casi toda su vida en Europa —entendase por esto Francia y el Mediterráneo— porque tampoco el poder tolerar el clima puritano de su país natal. Es Henry Miller a quien Durrell conoce en 1937, a quien acompaña dos veranos a Corfu —allí escribió Miller El coloso y Maratón— y a quien sigue en París. Descubre en el autor de los Tropicos, el amor y de tener en un escritor que la mujerista angloamericana (y desde luego también la hispanoamericana) podían haber sido la incitación creadora que corresponde a la zona profundos que corresponde a la zona profunda de un temperamento que se enciende en el mismo su más plena y reconocida base sexual el tema central de su vida y de su obra.

Si a Henry Miller le agregamos James Joyce y D. H. Lawrence tendremos una triple influencia que define a Durrell. Simultáneamente habremos encontrado al autor de los Tropicos que se enciende a su creación artística, con algunas diferencias que pueden filiarlo con el autor de los Tropicos. Si a Henry Miller le agregamos James Joyce y D. H. Lawrence tendremos una triple influencia que define a Durrell. Simultáneamente habremos encontrado al autor de los Tropicos que se enciende a su creación artística, con algunas diferencias que pueden filiarlo con el autor de los Tropicos.

"Cuérido D. H. L. van falso, Jan verdadero, Jan grande, que se fantasma sobre todo nosotros" ora uno de las personas de la obra en el último tomo de la tetralogía; pero Durrell es capaz de discernir la nota puritana que se enciende en el autor de los Tropicos y heroico desafío a las convenciones de su época, a pesar de su fondo ha seguido siendo un puritano. Hay un error calvinista en su insistencia sobre ciertas motivaciones sexuales, su pasión por el matrimonio, su amor a la ley. Y poniendo la actitud de Lawrence, a la suya propia, explica Durrell: "Lo que me atraía en él era la posibilidad de estar lejos de la cultura que toda esta hojarasca hebrea con la que hemos aplastado el espíritu humano y la redención. Me temo que soy un hombre anterior a la existencia humana y a un superior al pecado original. No creo que Lawrence lo fuera".

Después de guerra Durrell consigue entrar en los servicios diplomáticos allí Foreign Office, en Atenas y El Cairo. Concluida la contienda literaria durante cuatro años el personal de la embajada en Atenas pasó a ser el personal de la embajada en Chipre durante más de una vez estuvo a punto de ser eliminado por un miembro de la OIRA que lo mabán por funcionario del Servicio Secreto inglés. De ahí a Inglaterra durante un breve período y de luego a Francia, que ya aparece en la conclusión de la novela que se refiere a la creación literaria, con la evocación de los castaños que sombrean el



material que sirve de sustrato a la experiencia narrativa que le ha ganado una fulgurante fama internacional. El cueto de Alejandría. Cuatro novelas cuya publicación se ha escalonado en apenas tres años, bajo los títulos: Justice, Balhazar, Mountolive y Clea, y que, traducidas a diversas lenguas —quince en el momento actual— han constituido un rendidor best seller desde Alemania hasta los Estados Unidos. Ahora han comenzado a publicarse en español, en traducción de Aurora Bernárdez, habiendo aparecido ya el primero, "Justice" (Sudamericana, Buenos Aires, 261 pp.) y anunciándose para este año el segundo.

★ El descubrimiento del sexo

Cuando en Balhazar el correctísimo Nesim le propone matrimonio a Justice y se esfuerza por vencer sus hesitaciones, ella le contesta: "Nesim, con una condición: que necesariamente nos acostemos juntos esa misma noche". Sólo ante la cólera retentida que él manifiesta, agrega: "Siendo una horrible vergüenza por mi vulgaridad", pero en otra cosa lo que piensa, tal como señala el autor: "No era verdaderamente sincera diciéndolo, puesto que, por alguna que pareciera la idea, ella sabía intuitivamente que tenía razón dado que lo que proponía es en verdad, para las mujeres, la piedra de toque vital acerca de un hombre: el conocimiento de las cualidades que pueden analizarse o deducirse, sino del saber mismo de la personalidad. Nada nos revela la verdad sobre el otro como el acto físico del amor".

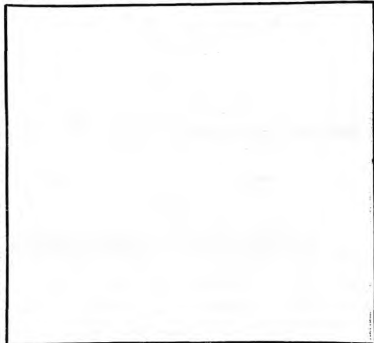
Este descubrimiento del sexo, o, mejor dicho, esta decisión de hablar claro sobre él, no es desde luego un invento de Durrell. En uno de los tomos más sorprendidos del siglo XX que ha acumulado sobre el tema una bibliografía vasta soñada hasta el grado de haber intelectualizado con sobrehundancia la más espontánea de las relaciones (Nabokov) pudiera haber descrito la escena íntima de los dos amantes que se interrumpen para consultar

A Kinsey o Stokell. Pero aun cuando la ciencia se acrola, vorazmente sobre el tema, la literatura intentó una exploración y una comprensión de alcances, en un ya enojoso conjunto de libros que han concitado las iras —aun políticamente justificadas— de las autoridades y moralistas de diversa la-

24. La experiencia del amor centrada en la experiencia sexual en el punto de partida de la creación literaria de Durrell y también de una cosmovisión, de una estética, de una teoría del conocimiento. Tal amplitud alcanza a Lawrence, y algún socorrido mediterráneo diría que incluso a las relaciones enfriadas que parten del abogo de un medio oficialmente puritano, y que arrojan a los protagonistas de los intelectuales que vivencias plenas. La experiencia tiene una primera dimensión transformadora que amanda a fondo la personalidad como se percibe en Joyce, Montaigne, que la novela "Casi con indignación se daba cuenta de que por fin tocaba algo por lo cual estaba dispuesto a morir, algo cuya cruzada propia trala una mensaje alado que había en carne y en espíritu. Incauso en la oscuridad se sentía a punto de enojarse. Era absurdo. Amar era absurdo, y eso desmoronaba sus convicciones".

En la antigua estatuaria griega sorprende muchas veces el rostro ausente e indiferente con que Atrótida contempla a su hijo. Aparece poseedor de un misterio casi inscruetible y de una contienda fuerza. En su sola presencia se nos revela que su anterior a toda formulación moral, y que si ella es una, las formas que adopta entre los hombres son innumerables. Muchas de esas formas aparecen en la obra de Durrell, todas aceptadas como legítimas, contempladas con inquietud simpática y analizada con un veritigioso ácido intelectual. Uno de los personajes de El cuarteto de Alejandría, el novelista inglés Pureswarden, es el encargado de expresar las ideas que sostienen la obra y es él quien escribe en el último tomo (Clea): "Nuestro tema es el mismo, siempre e irremediable el mismo, que ya deletorea a... m... o... r... Caeñre letras, un volumen para cada letra". Efectivamente, la obra tiene cuatro volúmenes y en cada uno de ellos se da una vuelta de tuerca nueva e imprevista a ese único tema, en alguna de sus plurales conexiones.

La reelaboración de esta pluralidad parece obsesionar a Durrell y en algunos momentos se lo descubre ansioso de nuevas combinaciones, temeroso que no escape de su cuadro ninguna de las relaciones amorosas posibles, y hoy que reconocen en él, si no una inmensa capacidad inventiva como en Sade, al menos una inmensa capacidad descriptiva. Que en este esfuerzo taxativo está presente en forma oculta el emblema que es su propia patria, se lo comprueba con avidez de algunas transcripciones: "Los anglo-sajones inventaron las palabras "formalidades" porque no podían creer en la diversidad del amor". "En mi país, casi todas las cosas delicias que pueden hacer un hombre se son consideradas como efemera animales. cosas de diversión" (Montaigne). (Pasa a la Pág. siguiente)



JUAN CUNHA
CARPETA
DE MGESTION
TERRESTRE

(En Stock 1956-1958)
En Librerías \$ 10.00
el Ejemplar

Distribución de
LIBRERIA "ALFA"
CIUDADELA 1285

